

de todos los días, sin embarazarle con dificultades filológicas y con la difusión de la frase.» La misma opinión tiene M. Langlois, el cual censura á los autores que se han contentado con transcribir «documentos antiguos, documentos originales, en los cuales suponen mayor aptitud para producir la impresión viva del pasado, que en las narraciones más hábiles de los modernos»; á la vez que rechaza por irrealizable en la práctica el libro redactado por un solo autor, «en vista de los materiales históricos y con el conocimiento directo de todos ellos; porque ¿cómo un solo autor podrá creerse y hacer creer que se halla al corriente, no digo yo de todos los documentos de la historia universal, pero ni aun de todos los que se refieren á un período algo largo de la historia de una región?» (1).

Para obviar estas dificultades, M. Langlois se decide por que el libro de *lectura histórica* esté formado de pasajes sacados de los especialistas, aunque no siempre textualmente, sino con leves modificaciones oportunas de «breves resúmenes en que se condense la sustancia de un buen libro.» Aquel, por tanto, se compondrá: «1.º, de estudios hechos por el autor, en el campo, forzosamente restringido, de su competencia personal; 2.º, de trozos completos, separados convenientemente, de las obras de los especialistas, y, sobre todo, de resúmenes cuidadosamente hechos de esas mismas obras. Se podrá añadir alguna vez, pero con precaución, ciertos textos originales de un perfume muy concentrado y de un colorido muy vivo» (2).

(1) Mr. Lavissee participa de iguales dudas; pero es lo cierto que los libros citados de Seignobos dejan bien poco que desear; aunque tal vez, por conocer el peligro, se detiene en el período clásico.

(2) *Loc. cit.*, pág. XII. Véanse para otros pormenores de composición las páginas XIII-XIV.

El procedimiento de Mr. Langlois es, pues, un procedimiento mixto, que bien empleado puede producir un libro muy ameno para el alumno.

3.º No pueden, sin embargo, sostenerse las afirmaciones apuntadas, respecto de todos los documentos, ni de todos los historiadores antiguos, por lejanos que sean. Hay inscripciones en los monumentos clásicos y trozos en los historiadores romanos y griegos, perfectamente claros para todo el mundo, y cuyo valor real y de época es insustituible. Por lo que se refiere á España, ¿cuántos párrafos (casi todos) del libro III de Estrabón no dirían más á la imaginación de los niños, en beneficio del sentido de la realidad histórica, que todas las narraciones de todos los libros doctrinales? Lo mismo ocurre con parte de Tito Livio, de Avieno, de Posidonio, de Orosio y de otros muchos. Las particularidades filológicas ó propiamente históricas, que requieren especial explicación, deben salvarse ó ser borradas, sino hay detrimento esencial del texto: daño para el alumno, no lo habrá nunca, puesto que aun no le importan ciertos pormenores, y la falta se compensa con el soplo de vida que adquiere la narración. Así lo han entendido algunos autores modernos, como Van Bemmél, Paul Guiraud y B. Zeller.

El libro de Van Bemmél se titula: *Histoire de la Belgique, empruntée textuellement aux récits des écrivains contemporains* (1), y comprende desde la conquista por los romanos hasta fines del siglo XVI. Los cuadros de esta colección ó galería histórica están tomados de multitud de escritores, desde Julio César, Suetonio, Tácito, Plinio, etc., á

(1) Bruselas, 1880.—Un vol. de 409 páginas. En la Biblioteca del Museo.

Brantome, Laurent Priuli, Margarita de Valois, Guicciardini, Nani y los archivos de Bruselas. La parte correspondiente al siglo XVI es bastante incompleta, según dice Mr. Frédéricq; pero, «no obstante esas lagunas, la obra de Van Bemmél podrá servir á menudo para animar y dar colorido á la lección del profesor».

Mr. P. Guiraud ha compuesto, en la serie de *Lecturas históricas* que publica la casa Hachette, un tomo dedicado á la *Vida privada y pública de los griegos* (1). El autor advierte ya, en las breves líneas del prólogo, el sistema que ha seguido. «Convencido, dice, de que nada ofrece la clara impresión de las cosas como la lectura de los documentos originales, he aprovechado con gran frecuencia trozos de los escritores antiguos. Estos extractos son, á condición de escogerlos bien, fácilmente accesibles para las inteligencias jóvenes, y creo que no he citado ninguno que traspase esta medida. No los he traducido siempre de nuevo; pero la mayor parte de las veces he comprobado la exactitud de las traducciones que cito. Cuando no he podido encontrar en los contemporáneos textos que respondan al objeto del libro, he recurrido á las obras modernas. He transcrito así muchos pasajes sin modificación alguna; pero, á veces, también me he permitido introducir algunas variaciones, bien para rectificar un error, bien para dar mayor claridad á una frase. Por último, he condensado á menudo en dos ó tres páginas lo que el autor desarrolla más ampliamente.» Como se ve, el autor es más atrevido que Mr. Langlois, aunque tal vez influye en sus opuestas doctrinas la diferencia de épocas á que dedican sus estu-

(1) París, 1890. 5 pesetas.

dios. Por muchos conceptos, será siempre más claro para los alumnos un texto clásico que uno de la Edad Media.

Mr. de Crozals ha hecho lo propio que Guiraud, en gran parte de su libro de *Lecturas sobre La época moderna* (1).

En cuanto á B. Zeller, ha publicado una *Historia de Francia contada por los contemporáneos* (2) en que los documentos originales están explicados, comentados, traducidos y arreglados según las necesidades pedagógicas, procurando, pues, salvar las dificultades que los textos antiguos tienen para los alumnos.

Finalmente, citaremos (3) los siguientes libros ingleses en que se contienen trozos de fuentes originales: la serie de *Historical Classic Reading*, que publican en New-York Effingham, Maquard y Compañía; *Old South Leaflets*, editado por los directores de los «Old South Studies» de Boston; la *National Library*, de Cassel; los *Studies in History*, de Mrs. Mary Sheldon, y la serie de *English History from Contemporari Writers* (London, Nult). De esta colección es el libro de *Las guerras de York y Lancaster*, arreglado por Edith Thompson (1892), y el de *Los judíos en la Inglaterra Angerina* por J. Jacobi, 1893 (4).

4.º Nótese, por último, que, según la observación antes hecha, además de los libros de *Lecturas* dedicados á los alumnos, el maestro puede aprovechar—para el efecto de

(1) *L'ère moderne*. París, 1893.

(2) *Histoire de France racontée par les contemporains*. 40 volúmenes á 0,50 peseta cada uno. París, Hachette.

(3) Apud *Educational Review* (Mayo, 1891, pág. 451) los cuatro primeros.

(4) V. otros ejemplos en el citado folleto *Festgabe.....*, pág. 81; y como lista escogida de libros escolares de historia en Alemania, la que trae Beckmann, págs. 11 y sigs.

dar colorido y vida á sus explicaciones, ó para comentar algún objeto material—los pasajes notables de los grandes historiadores, políticos, viajeros, geógrafos, poetas, etc., que no figuran en el libro escolar (1). Por aquí, realmente, han empezado las «lecturas históricas», con el propósito, más ó menos reflexivo, de dar amplitud á la enseñanza mediante la apreciación de las diferentes manifestaciones de la cultura de la época y de los elementos que han contribuido á formarla. Y á este fin debe reconocerse el valor, no sólo de los grandes historiadores y artistas modernos, sino, juntamente, de gran parte de las obras literarias antiguas que no basta mencionar, sino que deben ser presentadas al alumno en lecturas cuidadosamente escogidas, ya originales, ya de traducciones que merezcan fe. Así cabe utilizar, para la mejor comprensión y colorido de nuestra Edad Media, el *Poema del Cid*; el *Romancero*, tan riquísimo y propio, muchas veces, para las inteligencias jóvenes; los cuentos del infante D. Juan Manuel; las trovas de Jorge Manrique, etc.; como más tarde *El Quijote*, algunos dramas del siglo XVII y XVI (2), y no pocas novelas y libros de entretenimiento. La recomendación de usar estas fuentes no se hace ahora considerando que representan todo un orden de la civilización (la literatura), en cuyo concepto también deben entrar; sino por su valor arqueológico, que diríamos, por la suma de noticias y datos que encierran acerca de la vida política y social de los pueblos, las costumbres privadas, las ideas dominantes, etc. En este sentido, tienen los

(1) V. Fitch, *loc. cit.*, pág. 385.

(2) V. gr., *Los pechos privilegiados*, de Alarcón; *El alcalde de Zalamea*, de Calderón; *La prudencia en la mujer*, de Tirso, etc.

poetas y prosadores inestimable valor, como ya lo demuestran científicamente, v. gr., los numerosos estudios sobre los poetas clásicos como fuentes de la historia jurídica de Grecia y de Roma, y más concretamente, por lo que á España se refiere, los trabajos del Sr. Costa sobre la *Poesía popular española* y sobre el *Programa político del Cid Campeador*, según los poemas que á él se refieren (1). Abundando en este sentido, tiene publicado el profesor W. F. Allen, de Madison (Wisconsin), un libro titulado *The reader's Guide to the English History*, en el cual menciona como fuentes, además de las obras propiamente históricas, las novelas de este carácter. Con razón añade Mr. Frédéricq, refiriéndose á Bélgica, que harían bien los profesores en aprovechar, de vez en cuando, las mejores novelas de Walter Scott, de Alfredo de Vigny, de Moke, Van Lennep, Conscience, etc. (2). Los novelistas, á veces, han acertado con la nota fundamental de una sociedad mediante la intuición artística del conjunto, que se escapa con frecuencia al análisis del erudito; y es bien sabida, como prueba de ello, la declaración en que un historiador célebre, Thierry, confesaba no haber podido comprender el carácter de las relaciones sociales entre los sajones y los normandos en Inglaterra, hasta que leyó el *Ivanhoe* de Walter Scott.

Réstame tan sólo indicar que no basta el medio de las

(1) Como ejemplo bien característico, citaremos el trabajo de Mr. Uzed, titulado *La société espagnole sous Philippe II, d'après les drames de Calderon (La Controverse et le Contemporain.—15 Enero 1886)*.

(2) La casa Colin, de París, publica una colección escogida de *Novelas históricas*, en la cual figuran obras de Thierry, Cahun, Bertheroy, Judith Gauthier y otros.

lecturas para familiarizar á los alumnos con los grandes historiadores modernos; antes bien, conviene que ellos mismos empiecen á manejarlos y utilizarlos personalmente; para lo cual nada tan abonado como las reducciones ó pequeñas monografías y los resúmenes de lecturas libres, que á título de ejercicios (*devoirs*) se usan tanto en la segunda enseñanza francesa. Á este efecto, interesa publicar—ó añadir á los *manuales* y *lecturas*—listas escogidas de libros modernos, con indicaciones sumarias sobre el carácter y particular utilidad de cada uno; con lo cual los alumnos de los últimos años de la segunda enseñanza (1) tendrían una guía segura para los trabajos indicados. Así lo han hecho M. Langlois, en su citada *Historia de la Edad Media*, Guiraud en la de *Grecia* y otros autores en la colección de M. Monod; considerando, sin duda, que los alumnos de aquel grado pueden ya manejar aquellos libros—los de Michelet, Taine, Meyer, Thierry, etc.—que en la terminología tradicional eran llamados «de consulta».

Resulta de todo lo dicho, que el material puramente literario de que puede disponer una clase de historia en los grados elementales—es decir, cuando los alumnos no tienen aún la suficiente preparación para manejar los documentos y hacer sobre ellos investigaciones personales—es de una extensión y variedad inmensa; puesto que com-

(1) Empleamos aquí la distinción oficial entre la primera y segunda enseñanza, sólo para dar claridad á nuestras observaciones, refiriéndonos á una realidad familiar para todos; pero, como ha de verse más adelante, en nuestro concepto, ambos grados deben formar uno solo, por la unidad de objeto y carácter que tienen. Hoy la diferencia está en el programa y en la edad de los alumnos, aunque esta última se pierde de día en día, merced á la frecuencia lamentable con que ingresan en los Institutos niños que debieran no haber salido de la escuela primaria.

prende, además de los *manuales* que, convenientemente modificados (y sin la obligación de aprenderlos de memoria), continúan la función del antiguo libro de texto, los *libros escolares de lecturas*, en los que entran también fuentes originales, aunque traducidas y depuradas por trabajo ajeno, y las *lecturas* hechas por el maestro mismo, según las circunstancias y una prudente selección aconsejen. El carácter que debe tener cada uno de los dos primeros grupos de libros ya se ha expuesto, citando los modelos más notables. Por desgracia, á esa enumeración no pueden añadirse libros españoles, de que carecemos en absoluto. Los existentes son bien conocidos de todos para que sea preciso traer aquí su cita; pero también es notorio que ninguno—hasta hoy—cumple con las exigencias de la metodología moderna (1).

Realmente, la falta es para nosotros más grave que lo sería para cualquier otro país, porque recae especialmente en la historia nacional. Tocante á la llamada *universal*, siempre nos queda el recurso de recurrir á textos extranjeros escritos según las exigencias modernas. En punto á la historia de España, ni eso cabe hacer.

Carecemos, no sólo de un *Manual de Historia de España* en que se cumplan, cuando menos, las condiciones de exactitud é información al tanto de las modernas investigaciones, sino también de una obra doctrinal que pueda satisfacer, ya que la *Historia* de Lafuente ha quedado vieja en muchísimos puntos, y positivamente nació así en no pocos (2). En cuanto á *Historias de la Civilización*, las de los señores

(1) Ved lo dicho en el cap. III.

(2) Véase lo que se dice de Lafuente en el cap. I.

Morón y Tapia no pueden servirnos hoy día, y el ensayo elemental del Sr. Picatoste es muy deficiente, aparte de contener muchos errores de hecho, según ya se hizo notar.

¿Pueden sustituir esta falta los libros extranjeros? Por desgracia, no.

A pesar del gran número de publicaciones en que los eruditos de otros países (1) han estudiado y á veces revelado puntos muy interesantes y nuevos de la historia española (con frecuencia de un modo indirecto, por la relación que han tenido nuestra vida política y nuestra cultura con las de todas las naciones civilizadas), no existe hoy un libro de conjunto, un *Manual*, ni de toda ni de parte de nuestra Historia, en que se aprecie con exactitud el sentido y la marcha de la evolución de nuestro pueblo. Los estudios que exceden de una mera investigación erudita, de carácter concreto y particular, son, con raras excepciones, deficientes, y no sólo se equivocan en las líneas generales, en las apreciaciones de conjunto, sino que están llenos de esos errores tradicionales en punto á nuestra historia, y perpetuados por falta de información directa de las fuentes adecuadas; llegando á veces este defecto—no obstante el positivo valor y novedad de muchos de los datos—á un límite imperdonable de confusión, aun en puntos que, con saber tan pobre como tenemos de nuestra propia vida pasada, son aquí archisabidos y vulgares. De tal manera se suele esto repetir, que aun en los mejor impresionados y más conocedores de los buenos servicios que debemos á varios estudiosos de otros países, se despierta la sospecha de que, en suma—y á pesar de estos meritorios trabajos—todavía queda como patrimo-

(1) Véase pág. 286.

nio común de la mayor parte de los autores que han tratado de escribir la historia de España tal cantidad de prejuicios, leyendas, falsas imputaciones y apasionamientos, que exceden á los que se ven en los autores nacionales: cosa que se advierte, sobre todo, en las Historias universales ó en los *Manuales* de la de España que suelen publicarse (1).

No van estas consideraciones, claro es (y las reservas apuntadas en el párrafo anterior ya lo anuncian así) en menosprecio de las varias obras *doctrinales* sólidas y meritorias que acerca de España ostentan las literaturas extranjeras, ni menos de los meritísimos varones que se aplican á estudiar seriamente nuestra historia. Sería grandemente injusto no estimarlos y desagradecer su apreciable labor. Van tan sólo—puesto que la ocasión brinda para tales digresiones tan enlazadas con el problema principal—contra la idolatría, en que caen muchos, del libro extranjero, avisando de la necesidad que hay de acudir á la rectificación y censura, aun más que al aplauso y encomio—como ya lo hicieran, en su tiempo Forner, y Valera en nuestros días;—y muy especialmente, á distinguir los autores respetables, que, si no son infalibles (cosa no concedida á los humanos), llevan, cuando menos, seriedad de intención y preparación adecuada, de otros muchos que parecen haberse destetado con el famosísimo Viaje (*sic*) á España del falso Marqués de Langle, y demás libros análogos. Si tomáramos

(1) En este punto cabe exceptuar—tomándola en conjunto—la *Historia de España* que comenzó en 1831 Lembke y que ahora continúa Schirmacher, no obstante errores como, v. gr., los referentes al reinado de D. Pedro el Cruel, que ha refutado últimamente el Sr. Catalina García en su historia de *Castilla y León durante los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III.* 1891-94. Los primeros tomos, que datan de 1831, 1844 y 1861, necesitan rehacerse.

en cuenta y fustigáramos debidamente en España lo mucho malo y descabellado que por ahí fuera se escribe acerca de nosotros, con mayor tiento andarían algunos, y se convencerían otros de por acá de que en todas partes hay gentes que escriben sin fundamento; cosa que, aun siendo tan llana (1), no acaban de comprender muchos españoles,

(1) Para fundamentar nuestra apreciación con citas concretas, nos sobran los ejemplos. Escogeremos algunos entre los más recientes, sin hacer más que recordar las fábulas y atrocidades que se han dicho acerca de Felipe II, de la política de los Borbones del siglo XVIII, de nuestra dominación en América, y otros tantos puntos de análoga importancia. Bastará hojear la parte que dedica á España la *Historia general* que publican ahora en París varios especialistas, para notar los muchos errores de hecho que contiene y la falta de orientación que revela. Lo mismo sucede con la reciente obra de Mr. Watts (*Spain*, London, 1893), cuyo mapa, v. gr., denuncia un desconocimiento grande de la geografía histórica española, é igual cabe decir de la *Historia universal* de Sandersson, en la parte relativa á España. Ya en otro lugar he citado el caso de un famosísimo historiador alemán que tomó la partícula «mientras» por el nombre de un escritor español, cuyas obras intentaba encontrar, y el de otro que hizo igual confusión con la célebre villa de Medina del Campo. En punto á historia contemporánea, empezando por la literaria, que es la más conocida, los errores son muy abundantes. Hay críticos que toman á Pérez Escrich por uno de los jóvenes de nuestra literatura; otros que creen vivo á Selgas; otros que suponen á Emilia Pardo Bazán militando en el partido político de Castelar; otros que atribuyen el pobrísimo movimiento actual de la literatura en España á «la turbación causada en los ánimos por los dinamiteros»; otros, en fin, que nos conceden (¡ojalá acertasen!) un grandísimo desarrollo de los estudios históricos, merced á la formación de numerosas sociedades arqueológicas regionales, que se han dividido hasta lo infinito el trabajo de investigación. En historia del arte, he oído decir siempre á los especialistas que es muy frecuente, en los libros extranjeros que de ella tratan, estar plagados de errores enormes. Lo peor del caso es que tales errores son recibidos y arraigan en los libros españoles, muy á menudo. Donde más han acertado los extranjeros y donde mejor pueden servir de guía, habiendo producido algunas obras de conjunto fundamentales (aunque ya viejas, en parte), es en la historia literaria antigua (Edad Media y época clásica) de España.

Y no se tomen como muestra de excesivo y escrupuloso rigor estas crí-

aunque sí la comprenden y la denuncian cuando llega el caso, los pocos buenos hispanófilos de otras tierras.

Por supuesto, que nada de lo dicho autoriza al chauvinismo para que haga de las suyas, á pretexto de desquite. No quisiera que en lo mas mínimo pudiesen servir mis consideraciones de apoyo á esa pedantería nacional que en algunos es insufrible. Participamos en España de los dos errores extremos: quiénes llegan á suponer inmejorable, y aun superior á todo lo ajeno, lo de casa, despreciando así la ayuda y concurrencia de esfuerzos extraños en la obra de nuestra educación, como si ésta no fuese de suyo labor común en que toma parte toda la humanidad culta, mediante influencias y rectificaciones recíprocas; mientras otros suponen, no sólo que es mejor lo extraño—en lo cual bien puede haber razón muchas veces—sino que nada bueno hay en el propio país (háblase aquí, especialmente, del orden intelectual), mereciendo sólo fe ó, cuando menos fe más pura y firme, los autores extranjeros, de quienes casi se dice que «no pueden engañarse ni engañarnos».

Contra los primeros no se dirá nunca bastante, y justo es consignar que se dice de vez en cuando; pero contra los segundos no es frecuente protestar, ó si se hace, suele ser

ticas: porque sobre ser común y corriente hacerlas así en las revistas y periódicos extranjeros (frecuentemente con demasiada dureza cuando se trata de obras españolas, como si sólo nosotros nos equivocásemos), son aquellos errores sintomáticos del deficiente conocimiento, muy lleno de prejuicios y falsas ideas, que de España suelen tener, todavía, los demás pueblos de Europa. Los méritos y la respetabilidad de un Hübner, un Morel-Fatio, un Webster, un Croce, un Farinelli, etc. (por citar sólo vivos), no han de impedir que rectifiquemos y censuremos las faltas de otros que se entran por la historia de España como en barbecho.

en términos apasionados, con gran vaguedad de argumentación, con ingratitud de juicio tocante á los extranjeros, y trayendo, en suma, más daño que bien á la causa de la estricta verdad. Bueno sería que empezara á tratarse seriamente el asunto, rectificando la opinión en lo que tiene de gratuito ó de erróneo, y poniendo, en fin, las cosas en el lugar que les corresponde, sin prejuicios de un lado ni de otro. Hay que aprovechar (y agradecer) la obra de los científicos extranjeros, pero colocándose en situación de saber criticarla y depurar el oro de la escoria.

Para concluir con esta serie de reflexiones, conviene decir que no sólo es indispensable, sino posible, escribir una Historia de España en que se recojan los resultados últimos de los modernos estudios: con lo cual se desvanecerían muchos errores tradicionales y se pondría al alcance de todos el estado real de los conocimientos en la materia. Quien así lo intentara hoy (no al modo monumental de Lafuente, pero sí en más corta y popular medida) encontraría ya acumulados los materiales esenciales para cada época y cuestión, depurados en su mayoría merced á las investigaciones particulares hechas en los últimos años. Es necesario de todo punto escribir un *resumen* de Historia de España en que se desvanezcan muchas leyendas y se aclaren muchos puntos todavía oscuros en la conciencia general, aunque ya claros para los eruditos; pero á condición de que el autor fuere sincero, que no se exigiese demasiado, confesando, cuando llegare la ocasión, lo que aun se ignora, y planteando las cuestiones más bien que resolviéndolas á todo trance, ora inventando, ora perpetuando errores y prejuicios. Un libro semejante no es sólo de necesidad en la enseñanza pública; lo reclama la cultura de todas

las clases sociales, que hoy no encuentran manera de orientar su opinión en multitud de cuestiones relacionadas—á pesar de su carácter *histórico*—con los problemas más graves de la vida presente. Pero lo que no tiene duda es que semejante tarea corresponde á un español: tenemos el deber de escribir nuestra propia historia.

Las condiciones de exactitud, sinceridad, etc., y las relativas al contenido de la historia, no agotan el número de las que cabe exigir á los libros de texto, y en general á todas las obras doctrinales que hayan de ser usadas por los alumnos.

Una de las que importa considerar más detenidamente es la relativa al estilo ó la forma. Ya se ha visto en el lugar adecuado (capítulo III, 1) la atención principalísima que han concedido siempre á este problema los autores, hasta el punto de llegar á creer que basta un hermoso estilo para formar un buen historiador. El carácter puramente retórico de esta corriente la condena desde luego en sus pretensiones excesivas, á las cuales suelen ceder con mucha facilidad los literatos meridionales, en menoscabo de otras condiciones de fondo esenciales para la Historia.

Descartada esta viciosa tendencia, queda sin embargo en pie la cuestión del estilo. Nosotros prescindiremos de los aspectos puramente artísticos que tiene—y que sin duda no deben descuidarse—para fijarnos de un modo especial en el pedagógico.

En este orden, la primera exigencia es la acomodación al desarrollo intelectual del alumno. Lo mismo en los *Manuales* que en los libros de *Lecturas*, nunca deben emplearse, sin explicarlas por términos conocidos, palabras ni

expresiones raras ó nuevas; ni usar conceptos técnicos ó especiales sin fijarlos previamente. Cuando el alumno encuentra una de aquellas palabras ó de estos conceptos ininteligibles para él (y quizá muy claros, si se tradujesen al vocabulario normal), comienza por confundirse y suspender el juicio; luego se atreve á ensayar interpretaciones, originales y disparatadas, como es natural; y concluye por acostumbrarse — dada la frecuencia de las susodichas palabras y conceptos — á leer sin entender, aprendiendo frases cuyo verdadero sentido ignora, pero sin detenerse á averiguarlo, preparándose así para todas las funestísimas consecuencias de la charlatanería y de la retórica declamatoria y superficial.

Las personas que tienen alguna experiencia en cosas de enseñanza saben bien cuán frecuente es hallar alumnos — incluso en los grados superiores (á lo menos en España) — que usan palabras sin entenderlas ó entendiéndolas mal, y los efectos deplorables que esto produce en el juicio y en la expresión del pensamiento. Más de una vez, al dictar el programa de una lección dirigida á estudiantes que ya no eran niños, he podido notar un gesto de sorpresa ante palabras bastantes comunes y que yo creía conocidas de ellos: una sola pregunta bastaba para cerciorarse de que no las entendían ó les extrañaba su colocación allí. Era preciso aclarar el sentido para poder seguir adelante y que sirviese de algo más que de pura apariencia el programa. Y esto, repito, ocurría muy á menudo, y con voces que nada tienen de técnicas ni heteróclitas. ¡Júzguese si será frecuente el caso en los grados inferiores de la enseñanza! De ellos parte el mal, y en ellos hay que perseguirlo ardientemente, no anticipando conceptos (como se hace, v. gr., en

las definiciones dogmáticas con que suelen empezar los libros de texto), ni empleando palabras que no se expliquen inmediatamente, reduciéndolas á otras ya conocidas en su verdadero sentido. El afán de la elocuencia suele ser origen copioso de estas faltas, lo mismo en el libro que en la lección oral, y en este sentido hay que evitarlas á todo trance.

No ha de interpretarse, sin embargo, esta reserva como desconocimiento del papel y de la importancia que la verdadera y oportuna elocuencia tiene en la educación. Antes al contrario: un estilo frío é indiferente no atraerá nunca á los alumnos, mientras que los trozos de gran colorido, de mucha vida y fuerza plástica, halagan y seducen, pudiendo ser, bien utilizados por el maestro, ó bien escogidos, un gran elemento de instrucción. Debe tenerse esto en cuenta, no tanto para la redacción de los *Manuales* (en que no siempre es posible ni conveniente dar vuelos al estilo), como para la composición de los libros de *Lecturas*, ya con objeto de darles encanto literario (en lo cual es magnífico modelo el de Maspero), ya para escoger bien los trozos de otros autores, contemporáneos ó modernos; y claro es que lo mismo se dice cuando el *Manual* tiene, como el de Ducoudray, un carácter mixto, incluyendo, á la par de la narración, *lecturas* (1).

(1) La importancia del elemento artístico-literario es sobre todo grandísima y esencial en los libros dedicados al gran público. Ejemplo de ello el de Michelet. En España falta (y es urgente que se escriba) una *Historia* popular de cortas dimensiones (uno ó dos tomos), para que el precio esté al alcance de todo el mundo, sin farrago de erudición y escrita por un verdadero literato, que á la vez conozca bien el estado de las investigaciones en cada punto; un libro ameno y exacto, de lectura agradable y fácil, y cuyo efecto educativo sería inmenso. Lo mismo cabe